

LA CIUDAD INDUSTRIAL

José Luis López Aranguren*

Queridas amigas y queridos amigos: El tema preciso de mi charla es “La ciudad industrial” y, verdaderamente, se sale un poco de la temática general del ciclo, lo que no está enteramente mal, ya que también mi conferencia es la última. Quién sabe si todos nosotros estamos saliendo también en Occidente del marxismo, quizá para entrar en otra cosa, en los marxismos, como yo suelo decir, los cuales quizá generarán otro neo-marxismo. Estas palabras son simplemente para disculparme de que, en efecto, no voy a hablar del tema preciso del marxismo en ninguno de los aspectos a que se refiere o en cierto modo abarca este programa. La verdad es que, tras la amable invitación de esta Casa, la idea de hablar del tema de “La ciudad industrial” se me ocurrió porque me gusta mucho el libro de Engels sobre “La condición de la clase obrera en Inglaterra”, que se refiere, sobre todo, a la primera ciudad industrial por excelencia que es Manchester, y también porque pensé que en una Casa como ésta, Instituto de Estudios de Administración Local, donde tampoco me parecía adecuado hablar teóricamente sobre el marxismo, no era completamente disparatado tratar de este tema.

Y la verdad es que la ciudad, la ciudad occidental cuando menos, es una realidad que está íntimamente unida no al marxismo, pero sí a su predecesor el capitalismo. Sin el capitalismo o si quieren ustedes, bajo su primera forma, que podemos llamar pre-capitalismo, no habría ciudades industriales, pero ni siquiera, propiamente hablando, ciudades dentro de Occidente. Al inaugurarse Occidente, en la Alta Edad Media, todavía no hay propiamente ciudades: hay castillos, hay monasterios y, arrimados a los monasterios o a los castillos, hay ciertos lugares, ciertas aldeas, pero la ciudad todavía está lejos de aparecer. La ciudad, bajo el nombre de burgo, y sus habitantes, bajo el nombre de burgueses, lo que ya nos pone en relación con nuestro tema, surgen, en la Baja Edad Media, es decir, en una época en la cual ya se puede empezar a hablar, si no de capitalismo, que por supuesto que no, sí de pre-capitalismo. Podría decirse que la Baja Edad Media es la época del pre-capitalismo, la época moderna del capitalismo mercantil y a partir de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, la de la revolución industrial. En esta última fase ya se puede hablar de capitalismo industrial, pero todavía seguiremos distinguiendo nuevas formas que va tomando ese capitalismo. De modo que en la Baja Edad Media surgen estos burgos o ciudades, palabra que es

común en su raíz, que es semánticamente común a todas las lenguas de Occidente, y se trata de una ciudad, en efecto, pre-capitalista en tanto que artesanal; los habitantes del burgo o de la ciudad medieval son artesanos que viven agrupados en gremios y en las calles todavía se conservan los rastros de los nombres de los oficios de cada uno de estos gremios que daban nombre, como digo, a esas calles, de modo que, han quedado unidos a la estructura urbanística misma de las ciudades. Es este su primer dato, su origen de ciudades fundamentalmente gremiales, de ciudades artesanales.

Claro está que eran habitadas por menestrales, por artesanos, por los miembros del tercer estamento. Las catedrales suelen estar situadas ya en las ciudades, por supuesto, pero más bien formando parte del ábside como en algunas ciudades —ahora mismo recuerdo mi ciudad natal, Avila— formando parte —repito— de la muralla, incrustadas en la muralla misma, de modo que están dentro de la ciudad, ciertamente, pero en el borde del amurallamiento de la ciudad, y los monasterios que antes estaban en medio de los campos, ahora sustituidos por los conventos, quedan siempre extramuros; los conventos de las Ordenes Mendicantes, de las órdenes propias de la Baja Edad Media, es decir, franciscanos y dominicos, quedan siempre al lado de la ciudad, pero fuera de la misma. Recuerden ustedes cualquier convento antiguo de franciscanos o dominicos y, en efecto, comprobarán que siempre se sitúan estos conventos fuera de la ciudad, y las catedrales, como digo, dentro, pero no en el centro mismo de ella, que suele ser más bien el mercado, la plaza del mercado.

Y sólo andando el tiempo, los nobles van descendiendo a la ciudad, empiezan a construir sus castillos, sus palacios, mejor sus casas señoriales dentro de ella, y es, como decía, en la época moderna, a partir del capitalismo mercantil, cuando se constituye esta nueva ciudad que ya va a responder a las necesidades de la nueva estructura económica, y así, gradualmente, paulatinamente, va adquiriendo poder y cada vez más poder la burguesía, hasta las vísperas de la revolución francesa, en la cual la clase, el estamento, el tercer estado, que ya tiene el poder económico, reclamará también el poder político y, en efecto, como consecuencia de ello, se llevará a cabo la Revolución francesa, y, en mayor o menor grado, la revolución en las otras ciudades, salvo el caso de Inglaterra que, como saben ustedes, es peculiar: no tiene una revolución tan drástica como la francesa,

*Catedrático de Ética de la Universidad Complutense de Madrid.

pero tiene pequeñas revoluciones que se adelantan a aquella y tiene sobre todo la revolución industrial, que va a transformar enteramente la estructura económica de Occidente, y también la estructura de la ciudad, dando lugar al nacimiento de la ciudad industrial.

De modo que entonces ese nombre de burgo se olvida, pero el nombre de burgués, que en principio era simplemente el habitante del burgo, va a ser el que va a tomar toda esta clase, toda esta nueva clase, todo este tercer estamento que no era nada y que, a partir de la revolución va a serlo todo. Así surge este tipo humano del burgués y surge una moral burguesa que es una moral capitalista, una moral de la laboriosidad y el ahorro, virtud que ya es fundamental para el nuevo "ethos" moderno, como saben ustedes; Max Weber es quien nos ha mostrado —unilateral y exageradamente, sin duda— hasta qué punto el "ethos" del trabajo o de la laboriosidad, de esta nueva concepción de la vida y de las virtudes fundamentales que se han de desplegar en ella, tiene lugar en el siglo XVI, como secularización de una concepción religiosa calvinista. Porque con todo ello surge un nuevo tipo humano: el tipo del burgués y, naturalmente, la revolución industrial dotará a ese burgués que posee ya el poder político y el poder económico de un capitalismo mercantil, del poder del capitalismo industrial.

En efecto, empieza en Occidente una nueva época, una época industrial en la que va a poder surgir la ciudad nueva, la ciudad puramente industrial. Es normal que esto ocurra; el campo se despuebla, las grandes factorías, las fábricas en la revolución industrial necesitan mano de obra y esta mano de obra es arrancada del campo y arrancada también de la artesanía, que subsiste ya meramente como auxiliar o subsidiaria respecto a la industria. Naturalmente, la ciudad no es una invención de la nueva etapa, del capitalismo industrial. Ya hemos visto que la ciudad había surgido en la Baja Edad Media, pero va a haber algunas ciudades que van a ser ciudades industriales y éste es precisamente, uno de los temas que quizá nos parece hoy más apasionante en la lectura del citado libro de Engels. Engels nos muestra a Manchester como la primera ciudad puramente industrial. Hay otras ciudades que son muy importantes desde el punto de vista industrial, Londres, por supuesto, pero Londres es muchas cosas más que una ciudad industrial y, después, en la medida que se van desarrollando otras ciudades, París, también. Pero no son sólo ciudades industriales, en tanto que Manchester aparece como una ciudad puramente industrial.

En nuestro país no se desarrolla plenamente una ciudad industrial. Podría pensarse en Bilbao, pero no lo es del todo, no lo es puramente, precisamente porque en España tarda mucho en penetrar el nuevo espíritu, el espíritu industrial, y la realidad económica industrial; en general, en los países latinos y mediterráneos, las ciudades que se configuran a lo largo del siglo XIX, no solamente no son ciudades puramente industriales, sino que están lejos de reflejar el cambio, la transformación de la sociedad que se ha llevado a cabo en virtud del capitalismo y de la revolución industrial. Se crean muchos ensanches, primeros ensanches y ensanches

posteriores a lo largo del siglo XIX, pero los inmuebles de esos ensanches y de la ciudad en general, son todavía sumamente interclasistas. Todos hemos conocido aunque más los que ya somos viejos, esas viejas casas en las cuales había una especie de estratificación vertical de las clases sociales, en las cuales las clases más altas eran las que vivían más arriba. El llamado piso principal era, realmente, el piso principal o más importante de la casa, donde vivían, en general, gentes distinguidas, si no aristócratas. Encima de ese piso, inmediatamente por encima de ese piso, podían vivir funcionarios, tal vez catedráticos —como algunos de nosotros mismos— después, en el piso inmediatamente superior, tal vez comerciantes; más arriba, artesanos o sastres, o algo parecido, y en lo alto todavía podía haber una buhardilla, en la que vivía gente más pobre y casi menesterosa. Y todas estas gentes, en una época en la que todavía no existían ascensores y en la cual, realmente, había una célula comunal que era la vecindad; se trataban entre sí, se saludaban y había, por tanto, un cierto contacto interclasista. De modo que, como digo, en España son muy pocos los modelos de una ciudad puramente industrial, y no solamente en España sino fuera de España. Bilbao es aquí sin duda la ciudad más industrial, pero tenía un "bocho" previo que no tenía nada de industrial y que todavía se conserva. En cambio, Engels nos muestra muy bien hasta qué punto Manchester es una ciudad construida casi de nueva planta o arrasando lo anterior para dar albergue a la primera agrupación industrial del mundo.

Y, por cierto, antes hemos hablado de un tipo humano nuevo, el tipo humano de burgués. Saben ustedes que la palabra burgués ha pasado por ciertas modificaciones semánticas a lo largo del tiempo. Hemos hablado del primer sentido de la palabra burgués, que era simplemente el habitante del burgo o de la ciudad, pero pronto el término denomina a un estamento social, el de los burgueses, es decir, los que no son ni aristócratas ni pertenecientes al clero, a la iglesia jerárquica. Y, precisamente en esta época de la revolución industrial, de los comienzos de la revolución industrial y de la reacción romántica frente a ella la palabra burgués cobra en labios de los románticos, particularmente, claro está, en labios de los escritores y poetas románticos, un sentido peyorativo: burgués significa lo mismo que filisteo, y filisteo o burgués significan el anti-romántico.

Desde ese punto de vista es curioso que los primeros socialistas, los socialistas utópicos, participaran de esta forma de vida romántica; los socialistas utópicos eran también bohemios y, por tanto, su estilo de vida un estilo nada burgués; aunque fueran burgueses, si no aristócratas, de origen, y, por el contrario, hay que decir que Engels y que Marx son burgueses, por su origen, como es bien sabido, pero nunca abrazaron el estilo anti-burgués de vida. Ellos serían muy antiburgueses por lo que se refiere a la categoría burguesa en tanto que económica, pero nada antiburgueses en lo que se refiere a la categoría burgués como un estilo, diríamos, casi estético, en muchos casos antiestético, de vida. Fueron, como ellos mismos se llamaron, revolucionarios respetables. De modo

que en cuanto a forma de vida no practicaron nunca —Engels por supuesto que no, pero ni el mismo Marx, aunque pasó su penuria, sus dificultades económicas pero llevadas con un estilo mucho más de clase media baja que de auténtico proletariado— este antiburguesismo propio de los socialistas utópicos y en general de los románticos.

Así que Engels es exclusivamente un visitante de Manchester. Es verdad que para conocer, quizá no sólo para conocer —esperemos que no sólo para conocer— bien la ciudad tuvo unas relaciones eróticas con una trabajadora, con una proletaria de Manchester, si bien tampoco vivió en común con ella, aunque le sirvió para penetrar en los entresijos de la ciudad industrial por excelencia, pero en ningún momento ni siquiera como pensionista o visitante, se incorporó a la vida proletaria de la ciudad. Y con todo, nos describe admirablemente la ciudad, nos la describe como un urbanista moderno, mostrándonos hasta qué punto, en efecto, la ciudad cobra una figura. A un lado, en el plano de la ciudad, hay ya, diríamos un barrio residencial, un suburbio en sentido americano, donde viven los empresarios, con un camino muy expedito desde la zona residencial de ellos a las fábricas, a las que naturalmente tienen que ir cada día, y atravesando, diríamos, como la calle central de la ciudad de Manchester. La calle central que constituye toda ella una fachada, a un lado y a otro, una fachada que, como en la avenida del aeropuerto, en los primeros tiempos del franquismo, oculta tras de sí, y gradualmente deterioradas, las viviendas de los proletarios, de los obreros de Manchester. De modo que esa avenida central es la avenida del comercio de la ciudad y, tapa —porque siempre les resulta desagradable ver eso a las gentes de buen vivir— los habitáculos de los proletarios, que, de todos modos, también se van articulando de tal manera que van siendo peores a medida que se alejan de esa calle central. El nos señala cómo todavía no se construyen edificios muy altos, pero en cambio se gana terreno subterráneamente, así que muchos de los obreros de Manchester vivían en sótanos, con dos y tres sótanos en algunas de esas casas. Naturalmente, yo les confieso a ustedes que no he releído el libro de Engels para presentar esta charla, de modo que ni siquiera soy capaz de reflejar vagamente la riqueza de precisión de detalle y de presentación casi visual de Manchester a través de la obra de Engels; de un Engels que tiene todavía —piensen ustedes que esto es anterior a 1848— es anterior al Manifiesto comunista, mucho en su estilo de vida, no de revolucionario respetable, sino, se diría, que hasta de socialista utópico. Este Engels habla precisamente, a propósito de estas condiciones miserables de vida en que se vive en Manchester, del criminal o del delincuente como resultado de una rebeldía frente a esta condición de la clase obrera y a la situación injusta en que yace. Es decir, en definitiva, Engels no es todavía el hombre que, con Marx, distinguirá entre el proletariado, que es la encarnación de la nueva virtud, de la laboriosidad y del auténtico trabajo del productor, de quien le arrebatara su plusvalía. No es todavía ese Engels, sino un Engels progresista en su actitud moral y que, por lo mismo, denuncia esta proximidad existente entre el proletario, el rebelde y el delincuente.

Por el contrario, Marx va a distinguir luego claramente entre subproletariado, que no va a tener, diríamos, casi sensibilidad humana, y proletariado, de modo que va a subdividir esa clase, que todavía para Engels, para este primer Engels, es unitaria, en dos; y, por eso, se comprende muy bien que encontremos sin embargo todavía en ese libro suyo, que quiere ser bastante objetivo y por tanto frío, como brotes de un tipo de contestación que se parece mucho más a la contestación de los primeros revolucionarios, de los revolucionarios utópicos, que a la de los revolucionarios posteriores, los que van a caminar por la senda abierta por Marx y por Engels. Es decir, se trata de una actitud revolucionaria fundamental meramente subversiva, o sea, expresiva y simbólica y nada instrumental, operativa o efectiva, que es lo que va a caracterizar, en la voluntad misma de los fundadores del marxismo, al nuevo proletariado. De modo que es capaz de dar a así el primer capitalismo industrial, es decir, este capitalismo de la máquina de vapor.

Pero la historia económica va a continuar y va a producirse una segunda revolución industrial no a comienzos, sino a fines del siglo XIX: la revolución del motor de explosión y entonces la ciudad industrial se va a trasladar de Europa si Inglaterra es Europa —cosa para la que los ingleses muestran muchas reservas—, de Europa o Inglaterra a los Estados Unidos. Y también aquí no, claro está, demasiado lejos del Atlántico van a surgir ciudades industriales; ahora va a haber no una, sino bastantes ciudades industriales. Es mucho más fácil que surjan ciudades casi puramente industriales en un país donde todavía hay pocas ciudades, como los Estados Unidos, mientras que Europa había desarrollado ya una vida urbana muy importante antes de que se produjese la revolución industrial. Pero yo pienso que de todas las ciudades, al menos de las que yo conozco, la que podría llamarse más típicamente ciudad industrial de la segunda revolución industrial es la de Detroit. Y Detroit en el Estado de Michigan, ya es una ciudad mucho más desflecada. Es verdad que todas las ciudades americanas tienden a ser ciudades desflecadas, pero todavía las que están en la orilla del Atlántico, Nueva York o Filadelfia o Baltimore, o ciudades típicamente francesas como Washington, son inequívocamente ciudades para nosotros los europeos. En cambio, cuando vemos las ciudades ya típicamente americanas —y ninguna de las ciudades del Atlántico, tampoco Boston, son ciudades típicamente de creación americana— vacilamos. Bueno, diríamos que sí, que son ciudades, pero no sé, un poco como al ejemplo del caso de aquel libro de Adorno, un libro poco de su estilo porque lo escribió en América que se llama “The authoritarian personality”. En ese libro se desarrolla un test para comparar el modo de ver la realidad del hombre integrista y el hombre liberal. Se les pasa una serie de imágenes que reproducen, al principio, un perro y al ver un perro, naturalmente, lo mismo el liberal que el integrista dicen que es un perro; pero luego se introducen en el perro ciertas modificaciones que hacen que continúe siendo un perro, pero no un perro como los que solemos ver, sino con ciertos caracteres distintivos que no hemos visto normalmente nunca en ningún perro. Entonces el liberal contesta “sí, es un perro”, pero contesta sí con un sí,

pero... mientras que el otro continúa diciendo que es un perro, igual que si hubiese sido el primero. Después aparece un nuevo perro que ya no se sabe bien si es un perro o un gato, pero puestos a elegir había que decir que se parece más a un perro que a un gato, aunque realmente parece ser el retrato de una especie desconocida para nosotros, que se situaría entre los perros y los gatos, y claro está el liberal se expresa con estas o parecidas palabras, pero con una reserva por lo menos en la enunciación, si no se le dejan mostrar más reservas, mientras que el integrista contesta: igual da, es un gato.

Este es el caso de las ciudades americanas que están al borde del Atlántico; son ciudades, como decía antes, mucho más desfleadas, mucho más dispersas, en las cuales, a diferencia de lo que ocurre en la típica ciudad europea, hay unos suburbios que ya no son los suburbios, la "banlieu" de París, sino que son barrios residenciales, aunque tengan el mismo nombre de lo que nosotros llamamos suburbio. Y, naturalmente, son ciudades en las que el centro no es tan claramente perceptible como en las ciudades europeas; no se sabe bien cuál es el centro, se diría que son policéntricas, o más bien que carecen de un centro. Y son ciudades ya mucho más construidas en función del nuevo modo de comunicación que es también el producto fundamental de la nueva industria: (en la primera lo fueron los textiles). Entonces, en efecto, la ciudad empieza ya a concebirse, diríase, como un modo de comunicación, de tal modo que el automóvil se convierte a la vez en la industria fundamental y en el vehículo de comunicación —todavía no hemos llegado a las comunicaciones electrónicas—. Entonces la comunicación fundamental de estas gentes es local y el automóvil y las ciudades reflejan, en definitiva, esta nueva industria que da su carácter a esta segunda etapa de la revolución industrial. Pero todavía hay una tercera revolución industrial: es la revolución industrial que acontece tras la segunda guerra mundial, la revolución electrónica.

Ciertos historiadores, o más bien filósofos de la historia, "filósofos" de la historia al modo de Spengler y de otros, han señalado que la civilización y la cultura, al menos la civilización, siguen el curso del sol, es decir, de Oriente a Occidente. Naturalmente, habrá grandes simplificaciones y queda por medio el antiguo Egipto y Asiria, y Mesopotamia y Caldea y Babilonia, etc. Por consiguiente, puede decirse que hay un cierto desplazamiento de Oriente a Occidente, y, en efecto, la sede de la tercera revolución industrial es los Estados Unidos todavía. Dentro de poco —los extremos se tocan— se dirá que el Japón.

Las nuevas ciudades acerca de las que, ya sí, como en el estudio de Adorno, vacilamos muchísimo y estamos tentados a decir que no son ciudades, son las ciudades de California. Ahora, si quisiéramos hablar de ciudades, tendríamos que hablar más bien de conurbaciones, de unas soluciones de continuidad entre lo que, quizá, en principio, habrían sido, como proyecto, ciudades, pero que ahora se unen unas con las otras. Eso ocurre no solamente en el oeste de los Estados Unidos, sede de la tercera revolución industrial, sino, por supuesto, en el este de los Estados Unidos. Pues desde Boston hasta Nueva York casi hay una sola

conurbación, así como desde Nueva York para abajo. Es decir, cada vez más se rompe más la figura unitaria y cerrada sobre sí misma que era la ciudad.

Y, en efecto, nos encontramos con que en California, que es la sede de la tercera revolución industrial y donde habría que buscar el modelo que viene a sustituir a la antigua ciudad, la población ha crecido enormemente. Por ejemplo, la ciudad de San José, al terminarse la segunda guerra mundial, no llegaba a los 100.000 habitantes, mientras que hoy tiene cerca de 1.000.000. Pero toda California se puebla fabulosamente. El Estado mismo pasa a ocupar el primer lugar en cuanto a renta per cápita de toda la nación y no hay solución de continuidad entre los que siguen llamándose ciudades. Los Angeles por ejemplo, es un buen modelo de esto. En principio Los Angeles es una serie de pequeñas ciudades que se unen después. En cierto modo, Caracas tiene una estructura semejante. Era una pequeña ciudad colonial, llamada así, y después se ha unido conurbanísticamente, a través de autopistas, con otros pequeños lugares, y todo eso ha dado lugar a una nueva ciudad que se sigue llamando Caracas, pero que ya ha desbordado enormemente a la antigua, a la colonial Caracas.

El ejemplo de Los Angeles es el primer modelo de este surgir de una ciudad, que es simplemente uno de los muchos pueblos que van a dar lugar a lo que hoy es llama Los Angeles, lo que no es sino una mínima parte de lo que se llama el gran Los Angeles.

De modo que se produce revolución urbanística de la ciudad y ahora la ciudad, como digo, ya no es una ciudad, sino que es una conurbación. Pero como los extremos se tocan, nos encontramos con que en el seno de estas conurbaciones surgen lo que podríamos llamar, un poco parafraseando a McLuhan, aldeas electrónicas, o mejor todavía, aldeas micro-electrónicas. Todos ustedes habrán oído hablar de Silicone Valley o Valle del Silicio, que es el lugar de la tercera revolución industrial y que está en la vanguardia en la construcción de la microtecnología, que es la tecnología actual, la tecnología de los micro-procesadores. Ahora ya no sabemos a qué atenernos respecto de la ciudad, porque por una parte la ciudad es enorme, lo cubre todo, cientos de kilómetros; pero, por otra parte, no es nada. La ciudad se nos ha ido de entre las manos y lo que nos quedan son, en el seno de esa conurbación, unas aldeas, unas verdaderas aldeas que, algunas de ellas, las más de vanguardia, son aldeas peatonales, en las cuales ya no hay automóviles, en las cuales ya los medios de comunicación son medios de comunicación, como corresponde a esas industrias, electrónicos y microelectrónicos. Y, entonces no solamente ha desaparecido la ciudad, sino que también han desaparecido las factorías, han desaparecido las chimeneas, por supuesto. Las chimeneas que todavía se encuentran en las ciudades de la segunda revolución industrial, ya no existen en la tercera. En California ya no hay chimeneas, no hay humo, habrá otro tipo de contaminación. Y, sin embargo, Los Angeles, es la primera ciudad, si se prescinde de Londres en el siglo XIX, en la cual se empezó a hablar de la contaminación con el nombre de "smog", que era una contracción de niebla y de humo. Pero, como decía, no solamente ha desaparecido la ciudad, sino

que la fábrica también ha desaparecido y los “think tanks” se parecen enormemente a los otros “tanks”. Se llama “think tanks” a esa especie de fábricas de pensar, ésas diríamos, como mini-universidades que existen como institutos, más o menos tecnológicos o más o menos de investigación, desparrramados por toda California y que son, en efecto, pequeños lugares donde se investiga, pero los “think tanks” y los otros “tanks” de la nueva industria se parecen enormemente.

Aquí ya no hay lo que nosotros esperábamos ver —bueno, si quieren ustedes sí—. Los aviones que todos usamos se construyen ahora en California o en todo caso en la costa Oeste, más al Norte de California. Los Boeing, en el Estado de Washington, en Seattle. Pero los aviones, en cierta medida necesitan de grandes espacios para ser construidos, pero esto no es ya lo fundamental en su construcción, que es una construcción micro-electrónica y se lleva a cabo, por tanto, en algo que no se parece tampoco a las oficinas. Yo he visitado algunos de estos lugares. Quizás se parezcan a algunas terminales de los aeropuertos, en cuanto que las gentes están allí con ordenadores y aparatos semejantes a ellos, con terminales de ordenadores. De modo que está bien que nosotros, los ajenos a ese nuevo mundo de la tercera revolución industrial, conociéramos los lugares que son los escenarios de esa revolución industrial a través de esas terminales, y no directamente en los grandes ordenadores, sino en los terminales, que son los que vemos cada vez que tenemos que prepararnos para obtener nuestra tarjeta de embarque en uno de esos viajes. A eso es a lo que realmente se parecen las que ha uno no se atreve a llamar fábricas, porque no se parecen nada a las antiguas fábricas. Tampoco el conjunto de los habitáculos se parecen a las ciudades, sino a los laboratorios, tanto más cuanto que hay que trabajar microscópicamente con todos esos microprocesadores y con todos esos productos que son como los microcerebros de todos los aparatos, por grandes que éstos sean: misiles, aviones, etc. Y, en efecto, éste es el modo de vida de esas ciudades de Escondida Valley o de Bello Park, por ejemplo —es frecuente en California que haya muchas ciudades que se llamen con un nombre y detrás park, para aumentar la confusión—, no creo que se puedan considerar como ciudades. No está claro que lo sean porque son más bien parques, pequeños parques, en los cuales existen las habitaciones y también las factorías o los lugares donde se construyen los aparatos de la tercera revolución industrial.

Así que se nos ha ido de las manos todo lo que constituía como la realidad, diríamos, tangible, material de lo que es la ciudad industrial y lo que es la fábrica donde tiene lugar la industria. Yo me pregunto si este írsenos de las manos de la ciudad y de las fábricas y de la industria misma como algo visible y tangible, no tiene algo que ver también, para nosotros los hombres de Occidente, con nuestro habérsenos ido también de las manos y de la mente esa otra realidad que era el marxismo. Con esto digo algo de lo que tendría que hablar: Empecé hablando un poco de Engels y, por tanto, de ese pre-marxismo del libro de Engels sobre “La condición de la clase obrera en Inglaterra” y terminé hablando de la desaparición, como por

arte de magia, de la ciudad, de la ciudad industrial y de la industria misma, en cuanto a esas naves que creíamos nosotros que eran el escenario mismo, inseparable de la industria, pero también del marxismo.

Si ahora mismo hiciésemos una encuesta entre ustedes —seguramente todos o casi todos sean personas de izquierdas—, pero vacilarían mucho en aceptar la denominación de marxistas, reconocerían que sí, que sobre ustedes ha influido el marxismo —yo, por supuesto, lo veo claramente en mí, hasta qué punto yo he pasado por el marxismo y el marxismo ha pasado por mí—, pero continuar diciendo que somos marxistas... —bueno, ya no lo dicen ni los que tendrían que decirlo, por pertenecer a un partido que es de origen marxista y fundado por gentes que estaban orgullosas de ser marxistas—. Entonces ¿cómo lo habríamos de decir quienes no pertenecemos a ninguno de esos partidos ni a ningún otro? En cualquier caso, como realidad, aunque sin adscripción, tal vez, nuestra a esa realidad, hablaríamos de los marxismos en plural y no del marxismo en singular, porque son tan varios, son tan diversos los marxismos actuales... Lo que quede en el PSOE, lo que quede de todos modos entre los militantes del PSOE que se mantiene alejados de la línea gubernamental; el eurocomunismo evidentemente también está lejos de lo que entendíamos por marxismo, y luego los muchos neo-marxismos, porque hay muchos maestros del marxismo, pero su enseñanza se parece poco. Hace no mucho tiempo establecía yo un paralelo entre esta disgregación del marxismo en marxismos y lo que ocurrió a partir de la Reforma, pero cada vez más con respecto al cristianismo que se plurificó en cristianismos. Yo diría que la novedad de nuestra época, de estos años que estamos viviendo con respecto al catolicismo, también tendrá que ser la plurificación del catolicismo en catolicismos, porque hay distintas maneras de ser católicos. Pero, ciertamente, por lo que se refiere al marxismo, en la medida en que el marxismo tenga porvenir, será un porvenir mucho más plural que cerrado, unitario y monolítico, como se presentó en la segunda mitad del siglo XIX y en la primera parte de nuestro siglo XX.

De modo que así es como veo yo las cosas y, repito, sirva de disculpa mi inserción, desde luego no buscada por mí, pero que agradezco mucho a los directivos de esta casa, en un ciclo que tenía que ser sobre el marxismo y en el que, en cierto modo, estoy hablando mal de su porvenir. No es que yo desee la muerte del marxismo, de ninguna manera; podríamos hablar quizás más bien, al igual que se hablaba hace unos pocos decenios de la teología de la muerte de Dios, de una muerte del marxismo para un renacimiento bajo esta forma plural de marxismos. Pero, en fin, de todos modos yo no soy profeta. No sé lo que ocurrirá con el marxismo y en realidad con nada en el porvenir, y por tanto, bueno, con esta leve alusión al marxismo, termino esta charla, esperando oírles a ustedes porque felizmente este género de la conferencia, también probablemente como el monolitismo marxista, está llamado a desaparecer y convertirse en otra cosa y, de hecho, ya no hay quien soporte una conferencia como no vaya seguida de un coloquio o un debate, de modo que a él me remito y, entre tanto, muchas gracias.